

de adquirirlos, y decía: « Tengan los representantes de la nación mejor idea de la dignidad de su misión y del carácter de que están revestidos; no pretendan mostrarse entusiastas á cualquier precio y sin motivo suficiente; no vayan á presentarse ante la Europa como estudiantuelos gozosos de ver que se les han prorogado por una semana las vacaciones, sino como hombres, flor de una nación, á la cual no le falta mas que una constitución para ser la primera del mundo. »

De esta manera se erigió Mirabeau en órgano, maestro y regulador de la Asamblea; así ejerció de hecho la libertad de la imprenta. Suprimido que fué su periódico, comenzó á publicar otro, quejándose de los ministros que « con la autoridad del monarca encubrían su propia imbecilidad; » y de esta manera separó á los ministros del rey, sentando otra de las principales bases del sistema constitucional.

Tratándose de dar un nombre á aquella Asamblea, propuso Mirabeau el de *representantes del pueblo frances*; pero la palabra *pueblo* tenía un sentido tan bajo, que se suscitaron murmullos en todos los bancos. Entónces Mirabeau hubo de levantarse á justificarla, y dijo:

« Poco me importa la significación de las palabras en la lengua absurda de las preocupaciones; yo hablaba aquí el lenguaje de la libertad y me apoyaba en el ejemplo de Inglaterra y de los Americanos, que honran el nombre de pueblo, y lo han consagrado siempre en sus declaraciones, en sus leyes, en su política. Cuando Chattam, comprendiendo en una sola palabra las cartas de las naciones, dijo *la majestad del pueblo*; cuando los Americanos opusieron los derechos naturales del pueblo á todo el farrago de los publicistas, reconocieron toda la energía de esta expresión, á la cual tanto valor atribuye la libertad. Gran fortuna es para nuestra lengua que en su esterilidad nos haya dado una palabra que nos califique sin envilecernos, nos designe sin hacernos terribles; una palabra que no pueda sernos disputada y que en su exquisita sencillez nos atraiga el afecto de nuestros comitentes sin asustar á aquellos cuyas altivas pretensiones tenemos que combatir; una palabra que se preste á todo, que modesta hoy, pueda engrandecer nuestra existencia á medida que las clases privilegiadas, obstinándose en sus errores, nos fueren á tomar la defensa de los derechos nacionales, de la libertad del pueblo. Insisto en mi expresión de *pueblo frances*; la adopto, la definiendo, la proclamo por las razones que se alegan para combatirla. Sí; porque el nombre de pueblo no está bastante respetado en Francia; porque está oscurecido y cubierto con el mohó de las preocupaciones; porque nos presenta una idea que asusta al orgullo y repugna á la vanidad; porque es proferido con desprecio en la cámara de los aristócratas, por eso justamente, señores, debemos

imponeros la obligación, no solo de acogerlo, sino de ennoblecerlo, de hacerlo de hoy en adelante respetable á los ministros, caro á todos los corazones. Si este nombre no fuese el nuestro, convendría preferirlo á todos, mirarlo como la mas preciosa ocasión de servir á ese pueblo que existe, á ese pueblo que es el todo, á ese pueblo á quien representamos, cuyos derechos defendemos, de quien se derivan los nuestros y del cual no es vergüenza tomar nuestros nombres y títulos. »

Así los diputados se titularon *Asamblea nacional*, y lo pasado concluyó, y la Revolución se hizo mas radical de lo que nadie habia previsto.

Inmediatamente la Asamblea comenzó á ejercer su autoridad legalizando las contribuciones, mandando, sin embargo, que cesasen en el momento en que fuese disuelta; y evitó la inminente bancarota poniendo la deuda pública bajo la salvaguardia de la lealtad francesa. Audacia tan bien calculada inspiró nueva confianza al pueblo, y asustó á los grandes, que entónces se reconciliaron con la corte para reprimir las tendencias del tercer estado. Necker, viendo que aquel movimiento se extendía cada vez mas, propuso una constitución semejante á la que posteriormente fué otorgada despues de veinticinco años de tantos padecimientos; pero Luis, estimulado por la reina y por los príncipes, quiso modificarla y anunció la celebracion de una sesión régia. Para hacer los preparativos de esta se cerró el salón de sesiones, y entónces los diputados del tercer estado se reunieron en el juego de pelota (10 de mayo de 1789), y exhortados por el astrónomo Bailly, decano de la Asamblea, juraron no separarse hasta haber completado la regeneración del orden político.

Luis intentó dominar el movimiento haciendo concesiones mayores que ningun rey habia hecho; pero Mirabeau exclamó (23 de junio de 1789): « Confieso que esto podría ser la salvación de la patria, si los dones del despotismo no fuesen siempre peligrosos. » Habiéndose presentado luego el marques de Brezé, maestro de ceremonias, preguntando si habian entendido las *órdenes del rey*, ya comenzaba á vacilar la Asamblea como en otro tiempo ante aquel acto de fuerza, cuando se levantó Mirabeau y con calma y majestad repuso: « Decid á VUESTRO amo que estamos aquí por la voluntad del pueblo, y que no saldremos sino lanzados por la fuerza de las bayonetas: » palabras que causaron una herida profunda en el corazón de la antigua monarquía de los Capetos, pues quitaron al monarca el carácter de rey de la nación, dejándole solo el de rey de la corte. Los diputados, entusiasmados con aquella audacia, la confirmaron con aclamaciones, y Mirabeau propuso que fuesen todos ellos declarados inviolables.

Los sucesos llegaron á un extremo que los mas vieron en ellos un efecto de la lucha

El duque de Orleans. secular entre las casas de Borbon y la de Orleans. Aunque se ha negado y no se ha encontrado despues ningun vestigio legal, parece cierto que Orleans aspiraba á la lugartenencia del reino, y que Mirabeau lo sostenia en la confianza de ser su primer ministro. Pero aunque popular, no era estimado, y aunque aplaudiesen su propósito comensales y trujamanes, temblábase á la sola idea de verle á la cabeza del Estado en compañía de otra persona no ménos corrompida. Por otra parte, al duque de Orleans, sobre ser pobre de ideas, le faltaba tambien la energía del delito y de las grandes ambiciones. Supo llevar á muchos nobles á la Asamblea; muchos individuos del clero ya se habian adherido á ella, y por último, el rey mandó que toda la nobleza se adhiciese, diciendo: « No quiero que perezca un solo hombre por mi causa. » Entónces Bailly exclamó: « La familia está completa; » y aquel hombre, simple ciudadano, no conocido mas que por sus virtudes y talentos, se encontró presidiendo á todos los grandes del reino y de la Iglesia. La Asamblea, tomado el poder legislativo, pudo prepararse para formar una constitución.

Entretanto los electores, que se habian reunido para nombrar representantes, no habian sido disueltos: idea mal entendida de la soberanía del pueblo, por la cual se introducía el dogma de la autoridad permanente del representado sobre el representante. Así los distritos consideraban como mandatarios inferiores á los individuos de la municipalidad, compuesta de dos delegados de cada uno de los sesenta distritos. Reuníanse aquellos constantemente en las casas consistoriales y en el jardín del Palacio Real (1), cuyos cafés se convirtieron en tribunas, donde mezclada la virtud con el vicio, los entusiastas honrados con los hombres profundamente perversos, las matronas con las prostitutas, se discutía, se resolvía, se gritaba con tanta mas audacia cuanto que no habia leyes que regularizasen ni prohibiesen estas reuniones. Allí se hizo célebre Camilo Desmoulins, el hombre mas popular de la Revolución, porque era ingenuo é hijo del pueblo. Camilo, amante de su familia, elegante, vivo de ingenio aunque superficial, voluble, abandonándose á todas las emociones, llegó á cometer excesos de igual manera que el vulgo. Con las maneras agradables de Atenas pensaba reformar la sociedad y cumplir el deseo de Enrique IV, que queria que todo aldeano tuviese gallina en el puchero; pero entretanto lanzaba al pueblo al asesinato y lo exacerbaba con el sarcasmo.

Precipitada de su trono la legalidad, cien poderes la reemplazaron, y principalmente los

(1) No estará demas recordar que se llamaba en Paris *Palais-Royal*, no la morada régia, sino el palacio de Orleans, vastísimo recinto que comprende tiendas, salones, jardines, café y teatros, campo que fué de las principales escenas de la primera Revolución, y de las maquinaciones de la segunda.

clubs y los periódicos. La necesidad de unir las voluntades ántes de asociar los actos, hace que los hombres en las primeras convulsiones de una nación se aproximen entre sí y traten de dar fomento ó dirección á las pasiones. De entre los individuos de la Asamblea se formó el primer club, que se reunía en el convento de los Jacobinos, de donde tomó el nombre, y donde despues entraron escritores revolucionarios, y luego todos los que quisieron, porque si bien no habian sido elegidos por el pueblo, lo eran por las pasiones. Estos tales, libres de toda consideración y de toda responsabilidad, hacían la oposición á la Asamblea, desaprobando lo que esta habia decidido, y procurando que los aplausos populares les dieran la razón cuando la reflexión no se la daba. Eran sus jefes Dupont, Barnave y los Lameth, á los cuales La Fayette y Bailly habian opuesto otro club llamado de los *fuldenses*, compuesto de hombres pacíficos y por lo mismo impotentes.

Pronto se multiplicaron los clubs y llegaron á tener corresponsales en toda Francia, difundiendo rápidamente este fuego desde Paris á las provincias para encender en ellas las mismas pasiones, envolver al gobierno en las redes de una facción, y sofocar la ley muda é invisible bajo el fragor de las plazas. Y como la pasión mas fácil de lisonjear es el odio, á ella ofrecían los clubs mayores homenajes, tomando nota de las palabras, denigrando las intenciones, bramando contra los diputados, los ministros, el rey, la nación y hasta el género humano. En todas partes se pretendía descubrir tramas, corrupción, reacción; el que mas miedo mostraba pasaba por el mejor patriota; el mas obstinado delator por el ciudadano mas celoso; el ménos escrupuloso por el mas hábil; ni se requerían conocimientos, ni prudencia, ni reserva, porque solo se trataba de desaprobar, de acusar, de difundir la ansiedad, la perplejidad, la desconfianza; y los demagogos conocían su omnipotencia porque tenían de su parte al vulgo y en su auxilio la sedición.

Para no distraer al pueblo de sus ocupaciones, se celebraban las sesiones por la noche á oscuras, si ya alguno no llevaba alguna vela, cuya exigua luz se difundía por los anchos arcos del templo desconsagrado. En el puesto del altar se habia levantado la tribuna, en los bancos se sentaban los ciudadanos de todas clases, y entre ellos mujeres prontas á chillar, á gemir, á llorar, y llevando en los brazos niños á fin de que aspirasen aquel aire de sedición. Allí los oradores recibían alternativamente aplausos y silbidos: y felices los que sabían las palabrotas con que se embriaga la multitud, ó proponían las medidas mas arriesgadas, ó comunicaban al auditorio el entusiasmo febril que ellos experimentaban ó fingían.

Los periódicos. Pero los clubs no aprovechaban sino al corto número que asistía á ellos; era necesario que la palabra, difundida por todas partes, buscara

al ciudadano en su casa, en su retiro, en su remota mansion; y á esta necesidad acudieron los periódicos, despues de haberse cesado de hacer libros, porque nadie tenia voluntad ni tiempo de leerlos, y despues de haberse dejado de publicar toda clase de escritos meditados, porque nadie queria escuchar mas lenguaje que el de la pasion, que cambia cada dia, cada hora. Primeramente Mirabeau fundó el *Correo de Provenza*, y pronto salieron á luz otros muchos periódicos, siendo los mas leidos los que eran mas desenfrenados. Tirábanse doscientos mil ejemplares de *Las Revoluciones de Paris*, papel que tenia por epigrafe: « *Los grandes solo nos parecen grandes porque estamos de rodillas; levantémonos.* »

Estallaron, en suma, aquellos excesos que ningun impulso puede evitar, aquellas iras que convierten hasta las desgracias naturales en motivo de ataque contra el gobierno, aquel descontento que todo lo espera de lo desconocido. Tambien los guardias franceses se adhrieron al pueblo, y llegaron á ser la primera legion de la Revolucion, y en breve se armó la guardia nacional, fuerza esencialmente revolucionaria, porque, como pueblo, participa de las pasiones que como guardia deberia reprimir.

Sin embargo, la autoridad, teniendo en su mano el ejército, las fortalezas, los arsenales, podia todavía doménar á una turba sublevada; y aquellos que habrian debido aconsejar á Luis que cumpliera su palabra y se pusiera francamente al lado de la libertad, lo estimularon á que recobrase con las armas una soberanía á que espontáneamente habia renunciado. Con este objeto la corte reunió tropas, bien para aterrar, bien para defenderse, por lo cual Mirabeau la denunció ante la Asamblea é hizo que esta votara contra tales armamentos una súplica, que merecia mejor el nombre de intimacion y de llamamiento á las armas: « El peligro, señor, » decia esta súplica, es inminente, es universal, es mayor de lo que puede calcular la humana prudencia. Peligro para las provincias, porque ¿cuál es el freno que las contiene cuando en la capital estamos temiendo por nuestra libertad? Basta la distancia para aumentarlo y exagerarlo todo, redoblar la inquietud, exasperarla, envenenarla. Peligro para la capital, porque ¿cómo el pueblo, acosado entre la carestía y el dolor, ha de mirar con tranquilidad una turba de soldados amenazadores disputarse los restos de su subsistencia? Su presencia producirá una fermentacion general, y el primer acto violento, verificado bajo pretexto de policia, puede ser principio de desgracias. Peligro para los soldados franceses, cercanos al centro de las discusiones, participes de las pasiones como de los intereses del pueblo, *los cuales pueden olvidar que una ley los hizo soldados, para acordarse de que la naturaleza los hizo hombres.* El peligro, señor, es un obstáculo para tareas que son nuestro primer deber, y que no

» triunfarán por completo ni tendrán verdadera » solidez, sino cuando los pueblos las miren » como enteramente libres. Hay ademas cierta » especie de contagio en los movimientos apasionados. Somos hombres, y así la desconfianza que tenemos de nosotros mismos, y el » temor de parecer débiles, podrian arrastrarnos mas allá de donde tratamos de ir: acosados de consejos violentos é imprudentes, » la razon serena y la tranquila ilustracion no » podrian hacer oír su voz en medio del » tumulto, de los desórdenes y de las escenas » fácciosas. El peligro, señor, es todavía mas » terrible... y V. M. puede juzgar de su extension por el temor que nos conduce á su presencia. Grandes revoluciones han sido producidas por actos mucho ménos importantes, y » mas de una empresa fatal á las naciones y á » los reyes ha sido anunciada de una manera » ménos siniestra y formidable. »

Los nobles, viendo á Luis incapaz de defender la causa feudal, se agruparon al rededor de la reina y del conde de Artois. Era pretender demasiado querer que María Antonieta, altanera, animosa, educada entre el incienso tributado á la archiduquesa, á la reina, á la mujer hermosa, amase una Revolucion que la humillaba y ofendia en lo que le era mas caro y santo, y que creyese digna del mando á una nacion que se mostraba para con ella insolente hasta las últimas bajezas, insultante hasta las mayores crueldades. Ignorando lo que era pueblo y no sabiendo lo que era libertad, se obstinó en poner su confianza en la nobleza, y con ella meditó un golpe, acaso terrible; á este fin Necker, censor importuno, fué invitado á retirarse del ministerio. Cundió el rumor de que el golpe se iba á llevar á cabo: con este motivo se cierran los teatros, la Revolucion se presenta bajo nueva faz; Desmoullins corta unahoja de los árboles del Palacio Real, y en breve lo imitan todos, adornándose con esta divisa; La Fayette, puesto á la cabeza de la guardia nacional, agrega el color blanco del rey á los colores rojo y azul celeste de la ciudad, y dice: *Esta escarapela dará la vuelta al mundo.* Los electores toman la autoridad que les ofrece el tumulto y constituyen una municipalidad bajo la presidencia de Bailly, el cual se resigna á ocupar un puesto que, segun sus palabras, « no se debia codiciar ni rehusar. » Los bustos de Necker y de Orleans son llevados en triunfo: lánzase piedras á los soldados, disparanse fusiles, promuévense incendios, se profieren amenazas, se fabrican armas. Despues, comenzado el saqueo, y habiéndose encontrado en el Musco varias armaduras, las turbas se visten con ellas, y de comun acuerdo se lanzan sobre la fortaleza de la Bastilla (14 de julio de 1789). Los Suizos y los inválidos que la defienden se ven obligados á capitular, siendo muertos los jefes y á duras penas salvándose los soldados; pero en vez de los centenares de presos políticos que pensaban hallarse, se encontraron solo siete, encerrados

allí por delitos que nada tenian que ver con la política. Festejóse como el mayor triunfo posible esta empresa, que confirmó el predominio del palacio de Orleans sobre el de la municipalidad, la preeminencia de los exaltados sobre los moderados (1).

¿Es, pues, ese un motin? habia exclamado Luis; pero Liancour le respondió: Señor, decid mas bien una Revolucion. En efecto, el rey y la Asamblea se hallaban sometidos al arbitrio de una insurreccion dirigida por jefes ocultos; los principes, que eran aborrecidos de muerte, huyeron; el rey, que no conocia el miedo en los peligros personales, se presentó en la Asamblea sin guardias ni acompañamiento; y si bien Mirabeau contuvo los aplausos con decir: *El silencio de los pueblos es la leccion de los reyes*, este acto lo reconcilió con la Asamblea. Despues accediendo á los deseos del pueblo (17 de julio de 1789), Luis se trasladó de Veráilles á Paris, pero no sin haber confesado, comulgado y escrito una protesta contra lo que en adelante se viese forzado á hacer. Bailly, presentándole las llaves de la ciudad, le recordó que eran las mismas que habian sido ofrecidas á Enrique IV, y añadió: « Pero Enrique IV habia recobrado á su pueblo; ahora el pueblo recobra á su rey. » Luis, seguido de un tropel de campesinos, atrevió las filas de cien mil guardias nacionales entre los gritos de *Viva la nacion*; en el palacio municipal, donde fué recibido con ritos masónicos *bajo la bóveda de acero*, tomó la escarapela; los diputados juraron defenderlo, y volvió saludado por los gritos de *Viva el rey*.

Vióse ya la nacion la señora del poder legislativo y de la fuerza. La Asamblea nacional, que se habia declarado *constituyente*, era la nacion dándose leyes á sí misma; no tenia por tanto que guardar consideraciones como los gobiernos anteriores, y segura de su poder, porque era despótica, todo lo sometia á discusion y encontraba recursos en otro tiempo imposibles.

Mirabeau estaba ausente cuando se hizo la eleccion del corregidor de Paris, por lo cual esta recayó en Bailly, cuando él era el único que hubiera podido eclipsar á La Fayette. Despues, á fuerza de intrigas, llegó á ser presidente del club de los jacobinos, y despues de la Asamblea nacional, para cuyo cargo se mostró muy apto por la dignidad que imprimió á las deliberaciones, por la claridad de los resúmenes que hacia de las discusiones, por la oportunidad de sus réplicas y por haber introducido la práctica y la política entre hombres alucinados con las teorías de Rousseau. Habia estudiado á fondo la constitucion de Inglaterra, « fuente inagotable de

(1) Poco tiempo despues, en el sitio en que habia estado la Bastilla, se leia: *Aquí se baila*; y con mármoles de aquella fortaleza hicieron los grabaderos un dominó que regalaron al defín, acompañado de unos versos que decian: « Piedras de aquellos muros que encerraban inocentes victimas de la arbitrariedad, fueron transformadas en juego para ofrecérselo como homenaje del amor del pueblo, y para enseñarnos cuál es su poder. » De los cerrojos se formó una espada para La Fayette, y la llave mayor fué enviada á Washington.

« grandes ejemplos, país clásico de los amigos » de la libertad; » de ella sacaba la fuerza que necesitaba para la aplicacion de las teorías, y convencido de que lo pasado no era sino ficcion, lo sacrificaba todo con impetuosidad, sin consideraciones, sin fórmulas tímidas.

Necker volvió á subir al ministerio en triunfo, y fué declarado en alta voz « ministro precioso y necesario, » teniéndose por dia festivo el de su vuelta al poder. Lisonjeábase de enfrenar aquel furibundo desorden, y lo primero que hizo con esta esperanza, fué proclamar la amnistia (1), pero Mirabeau que le habia cobrado ojeriza porque no lo podia tener como satélite, contuvo los impetus generosos de la municipalidad sutilizando sobre la legalidad de su existencia. ¿Cómo conciliar las pretensiones de la aristocracia y la desconfianza del pueblo? Las palabras de Necker ponian mucho mas en claro la ineptud de la corte, la cual no viendo en él mas que un fanfarron, lo abandonó, y se confió al influjo de peores consejeros.

La asamblea creyó haber cortado de raíz los males presentes y los anteriores, aboliendo los privilegios y vejaciones feudales, é igualando á nobles y plebeyos. En la discusion se descubrió la existencia de cargas señoriales y extorsiones que costaria trabajo creer que subsistiesen todavía en el siglo XVIII, como la obligacion de tirar de los carros impuesta á los campesinos, la de velar para asustar á las ranas á fin de que con sus graznidos no turbasen el sueño del señor, el derecho de pernada, y el de abrir el vientre á dos vasallos para restaurar los piés del señor cuando se le causaban en la caza. La civilizacion habia hecho caer en desuso estos derechos, pero en realidad no estaban abolidos.

La noche del 4 de agosto de 1789 es la mas

(1) Necker decia á los magistrados municipales: « Señalados por la eleccion de vuestros conciudadanos, queréis ser ante todo los defensores de las leyes y de la justicia; no queréis que un ciudadano sea condenado ó castigado sin que antes haya habido tiempo para examinar y conocer el asunto por jueces imparciales, esta es la primera obligacion del hombre, el mas alto deber de los poderosos, la obligacion mas constantemente respetada por las naciones... La justicia debe estar iluminada y animada siempre por el sentimiento de bondad. Estos principios, estos movimientos dominan mi alma, de tal modo que si fuese testigo de algun acto contrario en un momento en que por mi posicion fuese llamado á la vida pública, moriría de dolor ó perdería las fuerzas. »

« Me atrevo, pues, señores, á confiar en vosotros que me honráis con vuestra benevolencia. Os habéis dignado dar alguna importancia á mis servicios, y en el momento en que estoy para pedir una alta recompensa, me permitiréis por a primera, por la única vez, decir que en efecto mi celo no ha sido inútil á Francia. Y por alta recompensa os pido que concedáis vuestra atencion á un general extranjero (Besenval) si no tiene necesidad mas que de esto, y vuestra indulgencia y vuestra bondad si tiene necesidad de mas. Muy afortunado sería yo si este ejemplo fuese la señal de una amnistia que diese tranquilidad á la Francia y á los ciudadanos, y permitiese á todos los de este reino dirigir únicamente su atencion al porvenir, á fin de disfrutar de todos los beneficios que pueden prometernos la union del pueblo con el soberano, y la armonia de todas las fuerzas propias para fundar el bienestar sobre la libertad y la duracion de esta libertad sobre el bienestar general. ¡Ah! que todos los habitantes de Francia vuelvan á ella para siempre bajo la custodia de las leyes; acceded, yo os lo ruego, á mis vivas instancias, y que este dia, por vuestros beneficios, sea el mas feliz de mi vida y uno de los mas gloriosos que os están reservados. »